



Los Presocráticos

1. Del mito al logos.
2. Coordinadas de la explicación racional en los Presocráticos.
3. Los pensadores de Mileto: Tales, Anaximandro, Anaxímenes.
4. La escuela pitagórica.
5. Heráclito y Parménides.
6. Los Pluralistas.
 - 6.1. Empédocles.
 - 6.2. Anaxágoras.
 - 6.3. El Atomismo: Leucipo y Demócrito.

Bibliografía

- Navarro Cordón, J.M. y Calvo Martínez, T. Historia de la Filosofía. Ed. Anaya.
- Copleston, F. Historia de la Filosofía. Ed. Ariel, tomo I.
- Reale, G. y Antiseri, D. Historia del Pensamiento filosófico y científico. Ed. Herder, tomo I.

1. DEL MITO AL LOGOS

Para entender adecuadamente la Filosofía Presocrática debemos tratar de reconstruir una cuestión previa: la que se refiere a la aparición misma del pensamiento racional a partir del mito. ¿En qué consiste ese “pensamiento mítico” previo al pensamiento racional? Veamos: El hombre no se conforma con estar en el mundo, con aceptar el mundo como un hecho, que es -al parecer- la actitud animal. El hombre necesita una visión de conjunto, una concepción del universo que le permita orientarse, que le permita saber a qué atenerse. Para buscar esta orientación radical, el hombre necesita tratar de entender qué es él mismo, qué es el mundo que le rodea y cuál es, en definitiva, el fundamento último del universo. El hombre necesita buscar explicaciones: la razón humana -la inteligencia, en un sentido amplio- busca fundamentos, trata de entender el “porqué” de las cosas, su modo de originarse, su modo de ser, su finalidad, etc.

El mundo, para el hombre primitivo, es un colosal repertorio de problemas: el nacimiento, la muerte, el sucederse de las estaciones, el trueno y el rayo, ... He aquí una serie de cuestiones -entre otras muchas- a las que el hombre tiene que buscar una explicación. Pues bien, la conciencia mítica está constituida por el conjunto de respuestas que el hombre da a estas cuestiones, pero de un modo fundamentalmente **IMAGINATIVO**. La conciencia mítica personifica a los elementos naturales dotándolos de conciencia; así, por ejemplo, pensar que el trueno es señal de la cólera divina, deificar al Sol, a la Luna o al Mar, son típicas actitudes de la conciencia mítica. Sin embargo, es importante darse cuenta de que el mito responde a una exigencia racional e inteligente: el hombre imagina mitos, pero lo hace para satisfacer la necesidad de responder a unas preguntas. Lo que no es racional es la respuesta, precisamente por ser una respuesta imaginada.

El mito consiste, pues, en imaginar explicaciones sobre el Universo. El mito es un recurso a lo invisible y oculto, de este modo, los hechos se explican en virtud de algo que no es hecho ni dato. Ahora bien, el imaginar no basta, por supuesto, para orientarse en el mundo, hace falta saber cómo se comporta la realidad. Así, los mitos comienzan a fallar, entran en crisis, poco a poco se va poniendo de manifiesto su insuficiencia explicativa. Y, frente al mito puramente imaginado, surge el saber racional como un conocimiento por causas. Naturalmente, esta crisis se

irá produciendo poco a poco, y explicaciones claramente mágicas o míticas irán coexistiendo con otras ya claramente racionales.

Como decíamos, el saber racional es un conocimiento por causas. La actitud racional consiste en buscar causas, esto es, en relacionar unas cosas con otras en su interna conexión, de tal modo que unas aparezcan como fundamento de otras en tanto que explican su origen, su modo de llegar a ser. Mientras que el pensar mítico da respuestas imaginarias, fabulosas, heterogéneas con hechos de otros géneros; el pensar racional se caracteriza porque busca respuestas homogéneas con lo que motivó la pregunta, porque el fundamento lo busca entre las realidades conocidas o cognoscibles. Veamos esto con un ejemplo: supongamos el caso de una enfermedad que se presenta con dolor de cabeza. Todos los recursos a la magia -danzas rituales, ofrendas, etc.- no logran curar al enfermo; el fundamento del dolor de cabeza no parece hallarse en algo externo, como pudiera ser el enojo de alguna invisible y poderosa deidad. ¿Por qué no buscar entonces el fundamento, la causa, del dolor de cabeza en la cabeza misma? Esto precisamente es lo que hace el saber racional, buscar la causa o fundamento de un hecho en el ámbito de los hechos.

Pues bien, fueron los griegos -al menos por lo que se refiere a la cultura occidental- los que descubrieron la razón filosófica, es decir, la definitiva sustitución de los mitos, como grandes explicaciones del universo, por teorías racionales. He aquí, en lo esencial, lo que puede entenderse por **RAZÓN FILOSÓFICA**: parte de unas preguntas referidas a la **TOTALIDAD**, y trata de darles una **RESPUESTA RACIONAL**, es decir, busca un fundamento, una explicación o causa a esa totalidad. Así pues, la Filosofía, en sus orígenes, se nos presenta como una **INDAGACIÓN CAUSAL ACERCA DE LA TOTALIDAD**.

La Filosofía surge en Grecia, aproximadamente en los comienzos del siglo VI a.C. Como el resto de las culturas antiguas, la cultura griega se asentaba en el mito, transmitido y enseñado por lo poetas, educadores del pueblo, especialmente Homero y Hesíodo. A través de complejas narraciones sobre los dioses y los hombres, sobre las fuerzas que intervienen activamente en los acontecimientos cósmicos y humanos, el mito ofrecía respuestas orientadoras acerca de la

naturaleza y el destino del ser humano, acerca del origen y las normas de la sociedad, y acerca del surgimiento y estructura del Cosmos. En los albores del siglo VI a.C. y en consonancia con hondas transformaciones de carácter cultural y social, las inteligencias más despiertas sintieron la necesidad de sustituir las explicaciones míticas por otro tipo de explicaciones justificadas racionalmente.

2. COORDENADAS DE LA EXPLICACIÓN RACIONAL EN LOS PRESOCRÁTICOS

La Filosofía, como hemos visto, surge cuando el logos sustituye al mito en la tarea de explicar la realidad en toda su complejidad. Tanto el mito como la Filosofía pretenden dar una explicación última acerca de la totalidad de lo real, pero son actitudes intelectuales distintas que implican coordenadas absolutamente diferentes.

En el mito las fuerzas naturales (el fuego, el viento, etc.) son **PERSONIFICADAS** y **DIVINIZADAS**: se trata de dioses personales cuya presencia y actuación se deja sentir continuamente en el curso de los acontecimientos. Además, y como consecuencia de esto, los fenómenos y sucesos del universo se hacen depender de la voluntad antojadiza de los dioses. Las consecuencias de esto son fácilmente comprensibles: los fenómenos naturales son imprevisibles, suceden de modo **ARBITRARIO**, dependen de la voluntad antojadiza de los dioses. Así, resulta obvio que dentro de estas coordenadas es imposible la Ciencia. La ciencia sólo es posible como búsqueda de las leyes o regularidades que rigen en la naturaleza y ¿cómo intentar siquiera descubrir las leyes que rigen el universo si se niega por principio su existencia?

No obstante, la arbitrariedad en el curso de los acontecimientos encuentra en el pensamiento mítico ciertas limitaciones; pues la misma actuación de los dioses está sometida a ciertas fuerzas de carácter cósmico como el **DESTINO**. Se trata de entidades más o menos imprecisas que, a diferencia de los dioses, no son personales sino **ABSTRACTAS**. Contra el destino nada pueden ni los hombres ni los dioses. De este modo, el destino viene a establecer una cierta necesidad en el acontecer universal.

La Filosofía criticará la arbitrariedad de las intervenciones divinas y recogerá esta idea de **NECESIDAD** despojándola de su carácter ilógico e inescrutable y afirmándola como una exigencia de racionalidad. Los filósofos presocráticos suplantarán definitivamente la idea de arbitrariedad por la idea de necesidad, es decir, parten de la convicción de que los fenómenos suceden como y cuando tienen que suceder. Esta convicción puede parecer hoy elemental, pero constituye uno de los logros más importantes de la filosofía presocrática. Además, a esta idea de necesidad se hallan vinculadas un conjunto de ideas que constituyen lo que podríamos denominar coordenadas o esquema intelectual dentro del cual tienen lugar los modelos de explicación racional de los filósofos presocráticos.

En primer lugar, la idea de que las cosas suceden como tienen que suceder está relacionada con la idea de **PERMANENCIA O CONSTANCIA**. Tomemos un ejemplo sencillo: el agua se comporta de una manera constante, hierve y se solidifica siempre a unas temperaturas determinadas; posee, pues, unas propiedades constantes y, por tanto, una **MANERA DE SER CONSTANTE** o permanente. Esta manera de ser constante o permanente fue denominada por los griegos **ESENCIA** (eidos). La esencia es lo que una cosa es a pesar de sus posibles cambios de apariencia o estado. El agua de nuestro ejemplo se presentará en estado líquido, sólido o gaseoso, pero **siempre es** agua.

De esta manera el pensamiento griego vino a crear una serie de conceptos opuestos de dos en dos, cuyo entramado constituye el sistema de coordenadas de su explicación racional de la realidad. De un lado, tenemos lo que hay de **PERMANENTE** en las cosas, frente a lo que en ellas hay de **CAMBIANTE**, frente a sus distintos estados o apariencias; a su vez, lo permanente constituye la **ESENCIA** (lo que las cosas verdaderamente son) frente a sus **APARIENCIAS** (lo que las cosas parecen ser); por último, esta manera de ser constante es lo que hay de **IDÉNTICO** o **COMÚN** entre seres que son de la misma clase aunque muestren apariencias distintas. La esencia es, pues, el fundamento de la **UNIDAD** de las cosas frente a la **MULTIPLICIDAD** de sus estados y apariencias, así como frente a la multiplicidad de individuos que la comparten.

Así pues, conocer las cosas será conocer lo que verdaderamente son, lo que tienen de común y permanente. Los sentidos, por lo tanto, no bastan para proporcionarnos tal conocimiento, es necesario un esfuerzo racional para alcanzar el ser de las cosas. De este modo y en correspondencia con la dualidad establecida (unidad y permanencia frente a pluralidad y cambio) los griegos establecieron también una dualidad en el campo del conocimiento: **RAZÓN** frente a **SENTIDOS**. La razón es la que proporciona el auténtico conocimiento del ser permanente de las cosas, de su esencia; mientras que los sentidos nos muestran una multiplicidad de individuos, de apariencias y estados cambiantes.

La búsqueda de lo permanente y común está asociada a una segunda convicción de los filósofos presocráticos, la convicción de que todo el universo se reduce, en último término, a uno o muy pocos elementos. Esta convicción constituye otro de los pilares de la explicación racional de los presocráticos. Esta es la perspectiva que permite comprender tanto la originalidad como la transcendencia histórica de la pregunta de los presocráticos acerca del *arché* o principio último de lo real. En efecto, desde esta perspectiva es posible comprender que la pregunta misma por el *arché* es mucho más importante que las distintas respuestas que estos filósofos ensayaron sucesivamente. Limitarse a subrayar la ingenuidad de Tales al concebir el agua como principio último de todo lo real, supone no entender su genialidad; pues, la respuesta de Tales no es lo verdaderamente importante, lo notable, lo genial, es que este filósofo fue el primero en formular tal pregunta en toda su amplitud y radicalidad.

Por último, uno de los hechos decisivos en la aparición del pensamiento racional fue, sin duda, el descubrimiento de un concepto clave: el concepto de **NATURALEZA**. Intentaremos ahora aclarar el significado e importancia de este concepto en la filosofía presocrática, así como su relación con el conjunto de conceptos ya expuestos que son las coordenadas de la explicación racional o logos.

Comencemos observando, de una manera general, que el término *naturaleza* o *physis* posee para los griegos dos grandes usos o acepciones. En primer lugar, el término naturaleza

hace referencia al conjunto de seres que pueblan el Universo exceptuando las cosas producidas por el hombre. En esta primera acepción la naturaleza viene a coincidir con la **TOTALIDAD DEL UNIVERSO**. Pero el término naturaleza tiene un segundo significado, cuando lo utilizamos para referirnos a clases o conjuntos de cosas, por ejemplo, cuando hablamos de la Naturaleza Humana. En esta segunda acepción “naturaleza” viene a significar **LO QUE LAS COSAS SON**, aquello que antes denominábamos esencia, modo de ser permanente o constante, ser intrínseco permanente de las cosas. Establecido este doble uso del término naturaleza, veamos los rasgos que la caracterizan según los presocráticos:

- El término naturaleza, en su doble acepción, está indisolublemente vinculado al concepto de necesidad al que nos referíamos antes. En cuanto a la naturaleza como totalidad o universo, la necesidad se traduce en que se concibe como uno todo ordenado, un Cosmos y no un caos. Ahora bien, el universo no podría ser un todo ordenado a no ser que los distintos seres que la integran estén en SU SITIO y se comporten del modo que les corresponde, y es precisamente la naturaleza de los distintos seres -entendida ahora como su ser intrínseco- la que determina su lugar en el universo y su forma de comportarse.
- Además, la naturaleza no es algo estático o inerte. El universo como totalidad muestra un **ORDEN DINÁMICO** en el que los movimientos de los astros, las estaciones, las generaciones de vivientes, etc., se suceden ordenadamente. La naturaleza es dinámica; negar el cambio o movimiento es negar la naturaleza; de ahí que Aristóteles denomine *aphysikós* (negador de la naturaleza) a Parménides, ya que éste -como veremos- niega la posibilidad del movimiento.
- En tercer lugar, la naturaleza implica movimiento y actividad, pero movimiento y actividad **intrínsecos y propios del ser natural**. Este tercer e importantísimo rasgo es el que marca la separación radical entre los seres naturales y los seres artificiales.

Pasemos ahora a ver la relación que esta idea de naturaleza guarda con el conjunto de conceptos que forman el entramado de la explicación racional. La naturaleza, en cuanto modo de ser propio y permanente de las cosas, se identifica con lo que hemos denominado esencia. Existe, sin embargo, una diferencia de matiz que se deriva del carácter dinámico de la naturaleza: la

esencia es la manera de ser permanente de las cosas por oposición a sus aspectos cambiantes; la naturaleza es ese mismo modo de ser permanente, pero en cuanto que determina un cierto tipo de actividad propia. Es decir, mientras que la esencia prescinde de los aspectos variables de las cosas, la naturaleza explica precisamente esas variaciones o cambios. La naturaleza es, pues, lo permanente pero en cuanto que explica los cambios, es lo que realmente son las cosas pero en cuanto fundamento de lo que parecen ser, es el principio de unidad capaz de generar la pluralidad. Preguntar, pues, por la naturaleza es preguntar por lo que las cosas son para, a partir de ello, explicar sus movimientos y procesos.

Pues bien, la pregunta de los filósofos presocráticos es desde el primer momento, desde Tales, una pregunta por la naturaleza o *physis*, una pregunta por el principio o principios últimos de todo lo que hay. El principio o principios últimos serán la naturaleza de las cosas porque:

- ✗ Es aquello a partir de lo cual se generan los seres del universo. El principio así concebido es **ORIGEN**.
- ✗ Es aquello en que consisten los seres del universo (en la hipótesis de Tales, las cosas no sólo proceden del agua sino que son, en último término, agua). El principio así concebido es lo permanente, el **SUSTRATO**.
- ✗ Es aquello que es capaz de explicar las distintas transformaciones del universo. El principio así concebido es **CAUSA**.

La pregunta de los filósofos presocráticos por el principio o principios últimos de la totalidad de lo real presenta, pues, una doble característica: su **RADICALIDAD** en cuanto que pretende alcanzar el principio o principios últimos y originarios; y su **UNIVERSALIDAD** en cuanto que aspira a alcanzar el principio o principios de todo lo real. Se trata, además, de la pregunta con la que se abre la Filosofía, pregunta a la que cada uno de los filósofos presocráticos da una respuesta distinta. Pero la diversidad de respuestas es lo menos importante, lo fundamental de los presocráticos es que buscaban, a través del logos, un principio o principios explicativos de la realidad que justificase y diese sentido a la multiplicidad. Veamos, pues, cómo lo hicieron.

3. LOS PENSADORES DE MILETO: TALES, ANAXIMANDRO Y ANAXÍMENES

En el espacio de un siglo aparecieron en la ciudad de Mileto tres pensadores de gran importancia: **TALES**, **ANAXIMANDRO** y **ANAXÍMENES**, que intentaron dar una explicación racional de lo real a partir de un único principio que será la fuente de todo lo existente. A estos filósofos les impresionó profundamente el constante proceso de cambio, de la transición de la vida a la muerte y de la muerte a la vida. Y supusieron que, a pesar de todos los cambios, debía haber algo que permaneciera. Puesto que el cambio es el paso de alguna cosa a alguna otra, ha de haber algo que persista, que vaya tomando varias formas y que soporte ese proceso de cambio.

Así, los filósofos de Mileto se preguntaron por el principio o *arché* de todo lo real, y puesto que el *arché* abarca las ideas de origen, sustrato y causa, se plantearon el siguiente interrogante: ¿es posible que una única realidad o sustancia sea capaz de ejercer ella sola todas estas funciones? Los filósofos de Mileto -al igual que todas las filosofía monistas y panteístas de todos los tiempos- consideraron que sí es posible y establecieron un único principio que es sustrato y causa de todo, a partir del cual todo se origina mediante un proceso en el que la destrucción de unos seres da lugar al surgimiento de otros y viceversa, siendo este proceso necesario, ajeno a todo arbitrariedad y regular según el orden del tiempo. Por tanto, la filosofía jónica es, principalmente, un intento por aclarar cuál es ese elemento primitivo o principio último de lo real. El elemento particular que cada filósofo eligió no importa tanto cuanto el hecho mismo de que tuvieron en común esta idea de unidad.

Para **TALES**, el principio último es lo húmedo, lo acuoso, el **AGUA**. Tales, a diferencia del pensamiento mítico, no concibe lo real por medio de representaciones antropomórficas y de explicaciones imaginarias, sino que se ajusta a los hechos y busca en ellos una causa a la multiplicidad, esto es, trata de dar una explicación homogénea con los hechos. Tales afirma que todo procede de transformaciones del agua, es decir, concibe los seres reales como cambiantes formas de ese elemento primario y último. El agua es el principio o *arché* de todo lo que hay, es decir, es origen, sustrato y causa de todo lo real. Es origen porque es aquello a partir de lo cual surge todo; es sustrato porque es aquello en que, en último término, consisten los seres del universo, ya que no sólo proceden del agua sino que son agua; es causa porque es aquello capaz

de explicar las distintas transformaciones del universo. En resumen, el agua es naturaleza y sustancia que siempre permanece, es la esencia de todo.

El segundo de los filósofos de Mileto, **ANAXIMANDRO**, afirma que el principio o *arché* de todo no puede ser una sustancia particular y determinada; pues si así fuera sería imposible que de ella surgiera la realidad múltiple que conocemos. Por ello, para Anaximandro el principio originario y último es el **ápeiron**, lo indeterminado o indefinido, un infinito en magnitud y cualitativamente indeterminado del cual brotan todas las cosas y al cual acaban retornando. El *ápeiron* es anterior a todas las cosas particulares, es eterno e imperecedero. El paso de lo indeterminado a lo determinado no se realiza vía generación, sino por un proceso de separación clasificatoria en virtud de un movimiento eterno. Todo sale y todo vuelve al *ápeiron* según un ciclo necesario, medido según períodos de tiempo de carácter cíclico.

Por último, **ANAXÍMENES** afirma que el principio o *arché* de todo lo real es uno e infinito, pero no indefinido como en Anaximandro, sino definido o determinado: el **AIRE**. Como Tales, reconoce como principio último un elemento concreto, pero le va a atribuir los caracteres del principio de Anaximandro: la infinitud y el movimiento perpetuo. Anaxímenes explica que todo procede del aire a través de procesos de condensación y rarefacción. Dice *“el aire es, de suyo, invisible, pero se hace visible en estos procesos de condensación y rarefacción, convirtiéndose en fuego cuando se dilata o enrarece, y en viento, nubes, agua, tierra y finalmente en piedra cuando se condensa”*.

Es necesario hacer hincapié en que lo menos importante de los filósofos de Mileto es el elemento particular que cada uno afirmó como principio de todo, esto sirve simplemente, por así decirlo, como característica histórica que los distingue. Lo importante de ellos, lo que les da el rango de primeros filósofos griegos es el hecho de haber sido los primeros en concebir la noción de Unidad en la Diversidad, y el que, aun aferrándose a la idea de unidad, intentaron explicar las evidentes diferencias que se perciben en lo múltiple. Además, la originalidad de estos pensadores está en intentar descubrir la causa de los fenómenos en los hechos mismos y no en algo externo, como pudiera ser el enojo de alguna invisible y poderosa deidad.

4. LA ESCUELA PITAGÓRICA

Los Pitagóricos fueron, ante todo, matemáticos y su dedicación a las matemáticas influyó decisivamente en su explicación acerca de la naturaleza (origen, sustrato y causa) de lo real. Observaron, en efecto, cómo múltiples propiedades y comportamientos de los seres reales podían ser formulados matemáticamente y comprendieron que todos los seres del universo -lo que son y su forma de comportarse- son formulables matemáticamente. Desde entonces esta dócil sumisión del Universo a las matemáticas ha constituido un motivo de reflexión : ¿por qué los seres del Universo se acomodan a las matemáticas? Los Pitagóricos consideraron como única explicación posible que **los principios de las matemáticas son también los principios de los seres reales**, y como los principios de las matemáticas son los números, afirmaron que **LOS NÚMEROS CONSTITUYEN LA NATURALEZA DEL UNIVERSO**, es decir, las cosas son números.

A partir de esta afirmación se dedicaron a una doble tarea: por una parte, a asignar -por procedimientos en gran medida arbitrarios- un número a cada cosa; por otra parte, y puesto que los números son muchos, se preguntaron de qué están constituidos y de dónde proceden los números mismos, lo que equivalía a preguntar, según hemos visto, de dónde proceden en último término, los seres reales. A lo que contestaron que los números proceden de dos elementos, **LO PAR** y **LO IMPAR**. Los Pitagóricos adoptaron así una explicación no monista sino **DUALISTA** de la realidad y establecieron una serie de oposiciones entre dos términos: par-impar, limitado-ilimitado, bueno-malo, luz-oscuridad, etc., que son aspectos o concreciones de los dos principios originales.

5. HERÁCLITO Y PARMÉNIDES.

Heráclito es tradicionalmente conocido como el filósofo que afirmó radicalmente que todo cambia y nada permanece, que el Universo no es sino un **CONTINUO DEVENIR** en el que la ley de identidad -la identidad de cada cosa consigo misma- carece de vigencia al estar todas las cosas sometidas a incesante transformación. El propio Aristóteles describe la doctrina de Heráclito diciendo: *“Todas las cosas están en movimiento, nada está fijo”*. El mismo Heráclito afirmó que *“es imposible meterse dos veces en el mismo río, pues quienes se meten sumérgense en aguas siempre distintas”*, *“todo fluye”*. Ahora bien, todo cambia, en efecto, pero el devenir no es irracional

o caótico, sino que se realiza de acuerdo con ciertas leyes o **PROPORCIONES**. La ley o logos interno del devenir universal constituye el verdadero principio explicativo del universo.

Para Heráclito, el Universo es **FUEGO**, *“este Cosmos, el mismo para todos, no lo hizo ningún dios ni ningún hombre sino que siempre fue, es y será fuego eterno que se enciende conforme a medida y conforme a medida se extingue”*. La ley que rige el Universo es **LA LUCHA DE CONTRARIOS**. El devenir, al que todo se ve obligado, se caracteriza por un continuo pasar de un contrario a otro: las cosas frías se calientan, las calientes se enfrían, el joven envejece, lo vivo muere, pero de lo que ha muerto renace una vida joven, y así sucesivamente. Existe, pues, una guerra perpetua entre los contrarios que se van alternando. No obstante, puesto que las cosas sólo adquieren su propia realidad en el devenir, la guerra (entre los opuestos) es algo esencial: *“La guerra es padre de todas las cosas y rey de todas las cosas”*. Se trata, empero, de una guerra que, al mismo tiempo, es paz, y de un contraste que es, simultáneamente, armonía. El perenne fluir de las cosas se revela como una armonía de contrarios. Los contrarios constituyen, en último término, **UNA UNIDAD** profunda, *“Dios es día-noche, invierno-verano, guerra-paz, hartazgo-hambre”*. La armonía que caracteriza al Universo, **“ARMONÍA OCULTA”**, no es una armonía estática **SINO EL EQUILIBRIO DINÁMICO DE LAS TENSIONES ENTRE LOS CONTRARIOS**, una armonía tensa **“como OCURRE CON EL ARCO Y CON LA LIRA”**. Sólo si se enfrentan alternativamente los contrarios se otorgan de forma mútua un sentido específico: *“la enfermedad convierte en dulce la salud ... y la fatiga convierte en dulce el descanso”*.

Parménides representa una nueva forma de filosofar, introduce la fundamental distinción entre la razón y la sensación, entre la vía de la verdad y la vía de la opinión, entre el ser y la apariencia. Es cierto que los filósofos anteriores habían reconocido y supuesto esta distinción, ya que sus tesis acerca de la realidad no era inmediatamente perceptibles por los sentidos, siendo necesario el ejercicio de la razón; pero, Parménides insiste en tal distinción, afirmando que la verdad hay que buscarla desde la razón sin tener en cuenta el testimonio de los sentidos. Así, mientras que los filósofos de Mileto, por ejemplo, parten de la pluralidad que nos manifiestan los sentidos y buscan algo subyacente a esa pluralidad que será el principio unificador; Parménides,

por su parte, parte de una exigencia de la razón: **“El ser es, y es imposible que no sea”** y utiliza el método analítico y el principio de contradicción desde el comienzo.

Parménides marca un hito decisivo en el desarrollo de la Filosofía Griega. Su doctrina filosófica, por lo que al tema de la Naturaleza se refiere, puede sintetizarse así:

- ✓ A partir de una única realidad es imposible que surja la pluralidad, en contra de lo que los jónicos afirmaban. Lo que no hay ni había desde siempre no puede tampoco ser destruido. Lo que hay, lo que es, el **SER** es, según Parménides, **INENGENDRADO, INDESTRUCTIBLE, INMUTABLE, FINITO, COMPACTO, HOMOGÉNEO, INDIVISIBLE Y ESFÉRICO.**
- ✓ Junto a estas propiedades, Parménides **DEDUCE** también que lo que hay, lo que existe ha de ser único, es decir, **UNA ÚNICA REALIDAD.**

Las consecuencias de estas afirmaciones son tajantes e ineludibles: si, por una parte, de una única realidad no puede surgir la pluralidad y si, por otra, la razón nos obliga a aceptar la existencia de una única realidad, no habrá más remedio que declarar **irracionales e ininteligibles el movimiento y la pluralidad.** Así, Parménides elimina lo cambiante al afirmar lo permanente; elimina lo que las cosas parecen ser: múltiples y mutables, al afirmar lo que son: una única realidad; elimina la pluralidad al establecer la unidad; elimina, en fin, el conocimiento sensible sacrificándolo en aras de la razón. (EL movimiento es negado en nombre de la razón).

Esta visión **MONISTA** de la realidad es, a juicio de Parménides, **una exigencia necesaria de la razón, del logos.** Caber afirmar, pues, que los rasgos principales de la filosofía parmenídea son el **MONISMO** y el **FORMALISMO**; y que el núcleo de su pensamiento consiste en una proposición irrefutable: *“El Ser es, y es imposible que no sea”*, junto a la cual se afirma: *“El no-ser no es y no puede ni siquiera hablarse de él”*. De estas proposiciones se derivan, como vimos, una serie de consecuencias: 1) hay solamente un Ser, 2) El Ser es eterno, 3) El Ser es inmóvil, 4) El Ser no tiene principio ni fin. El procedimiento del que Parménides se sirve para demostrar la verdad de estas proposiciones es el de la reducción al absurdo de todas las proposiciones contrarias a ellas.

6. LOS PLURALISTAS

Después de Parménides no fue posible ya retornar a una explicación monista de la naturaleza, ya que aceptar como origen, sustrato y causa a una única realidad era condenarse a no poder explicar ni la pluralidad ni el movimiento. Surgieron, así, las filosofías pluralistas de Empédocles, Anaxágoras y Demócrito.

6.1. EMPÉDOCLES

Lo que hace Empédocles no es tanto crear una nueva filosofía como tratar de consolidar y conciliar el pensamiento de sus predecesores. Empédocles hizo suyo el pensamiento básico de Parménides, según el cual, como hemos visto, el Ser no puede nacer ni destruirse, porque el Ser no puede surgir del no-ser como tampoco puede desaparecer. Por consiguiente, la materia no tiene ni comienzo ni fin: es indestructible. Hasta aquí, Empédocles está de acuerdo con Parménides. No obstante, el cambio y la pluralidad parecen ser unos datos tan evidentes de nuestra experiencia que, al contrario de lo que hizo Parménides, no se pueden negar. Era, pues, necesario encontrar la manera de conciliar la existencia del cambio y la pluralidad con el principio parmenídeo de que el Ser no puede comenzar a ser ni desaparecer.

Así, Empédocles afirma con Parménides, que el Ser no puede proceder del no-ser y que la pluralidad no puede surgir de una unidad originaria. Pero, a diferencia de Parménides, dirá que no existe una única sustancia sino cuatro: **fuego, aire, agua y tierra**, que son los elementos o raíces de todo, son indestructibles y eternos y de su mezcla y separación resultan todas las cosas, de tal suerte que la cualidad de cada objeto reside en la proporción en que cada uno de los elementos entra en la mezcla. Frente a Tales o Anaxímenes que pensaban que una clase de materia puede convertirse en otra clase de materia; Empédocles, interpretando a su manera el principio parmenídeo sobre la inmutabilidad del Ser, sostiene que la materia de una clase no puede convertirse en materia de otra clase. La tierra no puede convertirse en agua, ni el agua en tierra, *“hay sólo -afirma Empédocles- mezcla y separación de lo mezclado, pero no nacimiento, que es una simple manera de decir de los hombres”*.

Estos cuatro tipos de materia constan de partículas inmutables y últimas que mezclándose unas con otras forman los objetos concretos del mundo. Así, los objetos se originan de la mezcla

de los elementos últimos y dejan de ser cuando estos elementos se separan, pero los elementos mismos ni comienzan a ser ni perecen, sino que permanecen siempre inmutables. Todos los seres se componen de estos elementos últimos, combinándose en diferentes formas; cuando algo nace o perece en realidad sólo acontece que una combinación temporal de dichos elementos indestructibles se disuelve y surge otra. El cambio no es, pues, más que reorganización.

Ahora bien, ¿qué es lo que hace que los elementos se mezclen o se separen? Empédocles afirma que la mezcla y la separación se debe a dos fuerzas activas: el **AMOR** y el **ODIO** (la Armonía y la Discordia). El Amor o Armonía reúne las partículas de los cuatro elementos, desempeñando una función constructiva; el Odio o Discordia separa las partículas, provocando con ello la extinción de los objetos. Según Empédocles, el proceso del mundo es circular en el sentido de que hay ciertos ciclos ordenadores periódicos.

Aunque Empédocles concilió la tesis parmenídea con el hecho evidente del cambio y la pluralidad, fracasó al explicar cómo se produce el proceso cíclico de la Naturaleza, ya que recurrió a las fuerzas mitológicas del Amor y el Odio. Le estaba reservado a Anaxágoras introducir el concepto de Espíritu como causa original del proceso cósmico. Veámoslo.

6.2. ANAXÁGORAS

Anaxágoras, al igual que todos los pluralistas, acepta como evidente el razonamiento parmenídeo según el cual **ninguna realidad nueva puede originarse**. Aceptado este principio, no le queda otro recurso que afirmar que **TODO EXISTE DESDE SIEMPRE**. Partículas diminutas de todas las sustancias existían y existen desde siempre. Anaxágoras no admite, por tanto, solamente cuatro tipos de materia últimos, sino una pluralidad de ellas. Así, dirá que en los hombres, por ejemplo, predominan las partículas de hombre, pero en realidad en el hombre -al igual que en el resto de los seres- hay partículas u **HOMEOMERÍAS** de todas las sustancias del Universo: **“todo participa de todo”**, afirma Anaxágoras. Estas innumerables partículas se encontraban originalmente mezcladas en una masa compacta y maciza, sin intersticios ni separación alguna. Queda así explicado el origen de la pluralidad, pero ¿cómo se explica el

movimiento?, ¿cómo empezó a moverse esta masa compacta originaria, de modo que las partículas fueran separándose y uniéndose para dar lugar a los distintos seres? Anaxágoras recurre a una **causa exterior**, el **entendimiento o nous**, que imprimió a esta masa inerte un movimiento de remolino.

Hasta la introducción del **NOUS**, la filosofía de Anaxágoras no es más que una variante de la filosofía de Empédocles. Pero cuando pasamos a la cuestión del poder o la fuerza responsable de la formación de las cosas, encontramos la contribución fundamental de Anaxágoras a la Filosofía. Empédocles había atribuido el movimiento del Universo a las dos fuerzas físicas del Amor y del Odio; Anaxágoras introduce el principio del **NOUS** o la mente y con él, afirma Hegel, *“empieza a brillar una luz, por débil que sea, puesto que ahora se reconoce a la inteligencia como Principio”*. En Anaxágoras aparece por primera vez la idea de una Inteligencia o Entendimiento como principio rector del Universo, abriendo nuevas perspectivas que más tarde recogerán Platón y Aristóteles. Esto parecía llevar a una concepción del orden del Universo como resultado de una Inteligencia que actúa conforme a fines, de tal modo que el resultado de los procesos naturales fuera siempre la consecución de lo mejor. Sin embargo, Anaxágoras apenas desarrolla este aspecto implícito en su cosmología, concediendo de hecho el papel fundamental en la construcción del Universo al remolino y, por tanto, a fuerzas de carácter mecánico. La filosofía de Anaxágoras se halla, pues, entre el finalismo y el mecanicismo.

6.3. EL ATOMISMO: LEUCIPO Y DEMÓCRITO

Demócrito y su maestro Leucipo ofrecieron una respuesta más audaz y radical para conciliar el movimiento y el principio parmenídeo. Aceptaron como indiscutible la afirmación parmenídea según la cual de una única realidad no puede originarse la pluralidad. Más aún, aceptaron que lo real ha de poseer las características establecidas por Parménides: inengendrado, indestructible, inmutable, finito, compacto, homogéneo e indivisible. De la realidad parmenídea aceptan, por tanto, todas las características menos dos: la esfericidad y la unicidad. Según los atomistas, no existe una única realidad sino una multiplicidad de realidades que son los átomos: un número infinito de unidades indivisibles que difieren en tamaño y en forma y no tienen ninguna cualidad, excepto la de ser sólidos e impenetrables.

La audacia intelectual de los atomistas se muestra al afirmar que entre la multitud de realidades o átomos se interpone ciertamente algo, el **VACÍO**. Los atomistas conceden gustosamente a Parménides que el vacío que separa a los átomos no es real, si por real se entiende la materia existente: únicamente los átomos son reales en este sentido y el vacío puede muy bien ser caracterizado como no-ser por Parménides. Sin embargo, el vacío es algo real si por real se entiende que efectivamente existe. Así, junto con los átomos, el vacío viene a formar parte de la naturaleza del Universo. El papel desempeñado por el vacío es decisivo, no solamente hace posible la pluralidad sino también el movimiento. Anaxágoras, como veíamos, había admitido una pluralidad de partículas, pero al no admitir el vacío, estas partículas quedaban “aprisionadas” en una masa compacta e inerte. Por el contrario, admitido el vacío, los átomos pueden moverse libremente en él. La pregunta: ¿por qué y cómo se inició el movimiento?, tiene sentido en el caso de Anaxágoras, pero no en el atomismo: el movimiento **no se inició** en ningún momento, **LOS ÁTOMOS SE MUEVEN ETERNAMENTE EN EL VACÍO**.

El atomismo alumbró definitivamente una nueva concepción del Universo: un modelo **MECANICISTA**, que suponía que el Universo no está presidido por plan alguno trazado por una Inteligencia transcendente, ni existe tampoco una finalidad inmanente que preste inteligibilidad a los procesos naturales. El Universo es el resultado de una **necesidad ciega** y opaca que para el hombre viene a confundirse con el **AZAR**. El modelo mecanicista, tras un largo período de oscurecimiento, volverá a resurgir con fuerza en la Modernidad.

Todo lo expuesto, pone de manifiesto que la Filosofía Presocrática centra su interés en el mundo exterior, en el objeto, en lo que está fuera del yo. De manera que a los primeros filósofos se les llama con razón cosmólogos, porque su objetivo fundamental fue averiguar la naturaleza del Cosmos, y al hombre mismo lo consideraron en su aspecto objetivo, como una porción del Cosmos, más que en su aspecto subjetivo como sujeto de conocimiento y agente voluntario y moral. Será la filosofía del período socrático la que cambie el rumbo.